

ITALO CALVINO

EL VIZCONDE
DE MEDIADO



El vizconde demediado es la primera incursión de Italo Calvino en lo fabuloso y lo fantástico. Cuenta Calvino la historia del vizconde de Terralba, quien fue partido en dos por un cañonazo de los turcos y cuyas dos mitades continuaron viviendo por separado. Símbolo de la condición humana dividida, Medardo de Terralba sale a caminar por sus tierras. A su paso, las peras que colgaban de los árboles aparecen todas partidas por la mitad. Cada encuentro de dos seres en el mundo es un desgarrarse, le dice la mitad mala del vizconde a la mujer de quien se ha enamorado. Pero ¿es seguro que se trate de la mitad mala?

Esta magnífica fábula plantea la búsqueda del ser humano en su totalidad, quien suele estar hecho de algo más que de la suma de sus mitades.

Prólogo

Italo Calvino, uno de los más originales narradores del actual panorama de nuestra Europa —como lo confirmó la atribución en 1976 del Premio del Estado para la Literatura Europea del gobierno austríaco—, es, desde el punto de vista biográfico, un autor oscuro. Apenas sabemos de él sino su nacimiento en Cuba —en 1923, hijo de padres italianos—, su educación en San Remo hasta los 20 años, su afiliación al PCI y su participación en el movimiento guerrillero de la Resistencia, su amistad con Pavese y Vittorini, que apadrinaron sus incursiones iniciales en el mundo literario, su trabajo como asesor de la Editorial Einaudi, su baja del Partido Comunista en 1957 —los sucesos de Hungría—, y paremos de contar. Para compensarlo, disponemos en cambio del testimonio que nos aporta su obra, una colección de fabulaciones animadas perennemente por una intención moral e incluso polémica.

Tras una inicial vinculación al Neorrealismo —la novela corta *Il sentiero dei nidi di ragno*, los cuentos de *Ultimo viene il corvo*— con narraciones que contaban historias de partisanos, que se derivaban de la experiencia vivida, que eran realistas, pronto Calvino descubre en sí —tarea en la cual le ayudó la crítica, al señalarlo en su obra desde sus comienzos— un espíritu fabulador, un fantástico transfigurador de la realidad.

El vizconde demediado es el primer fruto de este descubrimiento. En el «Prefacio» que Calvino escribió en junio de 1960 para la edición de «I nostri antenati» («Nuestros antepasados»), que recoge tres novelas de una alegoría de

lo contemporáneo, novelas que tienen en común el hecho de ser inverosímiles y de desarrollarse en tierras imaginarias y en épocas remotas (*El vizconde demediado*, *El barón rampante* y *El caballero inexistente*), el autor analiza su materia con tan rigurosa lucidez que no me resisto a transcribir aquí algún párrafo:

«... Hasiado de mí mismo y de todo, me puse a escribir, como pasatiempo privado, *El vizconde demediado* en 1951. No tenía el menor propósito de defender una poética en lugar de otra, ni la menor intención de alegoría moralista, ni mucho menos política en sentido estricto. Reflejaba, sí, aunque sin darme mucha cuenta, la atmósfera de aquellos años. Estábamos en el corazón de la guerra fría, en el aire había una tensión, un desgarramiento sordo, que no se manifestaban en imágenes visibles pero dominaban nuestros ánimos. Y he aquí que al escribir una historia completamente fantástica, me encontraba expresando sin advertirlo no sólo el sufrimiento de ese momento particular, sino el impulso a salir de él; esto es, no aceptaba pasivamente la realidad negativa, sino que conseguía sumergirme de nuevo en el movimiento, la fanfarronería, la economía de estilo y el despiadado optimismo que habían sido los de la literatura de la Resistencia».

Partiendo de ese impulso, y de una imagen en la cabeza —la de un hombre cortado en dos por una bala de cañón—, Calvino desarrolla esta parábola del vizconde Medardo, que simboliza a la perfección el hombre contemporáneo, incompleto, demediado, no reconciliado consigo mismo.

Para salir del callejón sin salida en el que se veía metido como narrador realista, Calvino acude también a su afición a ciertas novelas de aventuras, como las de R. L. Stevenson

—y el doctor Trelawney de *El vizconde demediado* resulta elocuente sobre este homenaje de Calvino al novelista anglosajón: recuérdese el personaje homónimo, el Squire Trelawney de *La isla del tesoro*—, y, en definitiva, a su constante interés por los cuentos populares, infantiles o no, interés concretado en la monumental edición de las *Fiabe Italiane* que nuestro autor preparó en 1956. Aunque en todo esto haya una idea matriz: la importancia de la literatura de tradición oral, de los cuentos populares, como material novelesco. En un artículo, «Il midollo del leone», que Calvino publicó en la revista *Paragone* en junio de 1955, esta filiación es evidente: «La impronta de las fábulas más remotas: el niño abandonado en el bosque, o el caballero que debe superar encuentros con fieras y encantamientos, sigue siendo el esquema insustituible de todas las historias humanas, sigue constituyendo el plan de las grandes novelas ejemplares, en las cuales una personalidad moral se realiza moviéndose en una naturaleza o en una sociedad despiadadas».

Pero no quisiera que de todo lo anterior se desprendiese una falsa imagen de Calvino: el autor puramente fantástico, que despliega sus fantasías como una evasión. El desquiciamiento de la razón que presentan las tres novelas de «Nuestros antepasados», su aire descabellado e irreal, vienen siempre hilvanados por una lógica implacable; en ese mundo aparentemente imaginativo subyace, de la mano del humor, una realidad que nos presenta hechos y situaciones muy reales, muy de hoy, recamando de continuo el símbolo con el hilo de la realidad. El resultado final puede parecer un tapiz fantástico, con afilegranados arabescos, una brillante explosión colorista, pero lo que Calvino nos cuenta es siempre algo esencial en la vida humana: la soledad, el miedo, la lucha, la liberación. Con las fábulas va ligada constantemente una intención moral, afirmada sin la menor reticencia por nuestro autor cuando dice creer «en

una literatura que sea presencia activa en la historia, en una literatura como educación».

Una muestra de lo que pretendo decir está en que en la misma década del 50, en la cual Calvino idea las tres novelas del ciclo que nos retrata a nuestros ancestros, y con ellos a nosotros, se publican también *La especulación inmobiliaria* (1957) y *La nube de smog* (1958), cuyos temas vuelven a injertarse en el realismo; son, en último término, literatura de denuncia de esta sociedad moderna que hace pesar sobre el individuo unos condicionamientos políticos y económicos que desconocen, en nombre de una lógica objetiva, las motivaciones humanas, y que consideran la destrucción de la naturaleza y del hombre —quizás no sea ajeno al tema de la especulación inmobiliaria el desastre urbanístico que hoy infesta la Riviera adolescente de Calvino— como medios legítimos para alcanzar sus finalidades de poder.

Volviendo a nuestro vizconde, al escindido Medardo de Terralba, su historia, que no pienso desvelar al lector, para no privarle del gozo del «suspense» —y recuerdo a este respecto que le propuse a Calvino desplazar el «Prefacio» de «I nostri antenati» a «Postfacio» en la traducción castellana del ciclo completo, con objeto de no «destripar» la narración desde el comienzo—, se organiza sobre un esquema perfectamente geométrico: el protagonista, mutilado y satisfecho con su mutilación, en la que cree ver una superación de «la obtusa e ignorante integridad» de los seres enteros; el narrador, un «yo» niño que puede ver todo lo que a su alrededor ocurre con límpidos ojos infantiles; los dos coros de los leprosos y los hugonotes, irresponsables y decadentes los enfermos, intransigentes moralistas los protestantes, que no se apoyan sobre una base religiosa auténtica, sino sobre memorias de memorias; más dos personajes singulares, cada uno en su estilo: el inicialmente stevensoniano doctor Trelawney, que a lo largo de la novela se carga de psicología propia, y el maestro carpintero Pie-

trochiodo, capaz de construir perfectos instrumentos de tortura y radicalmente incapaz de dar cuerpo a máquinas benéficas, paradigma, en palabras de Calvino, del «científico o el técnico de hoy que construye bombas atómicas o dispositivos cuyo destino social ignora, y a quien el interés exclusivo de “hacer bien su oficio” no puede bastarle para quedar en paz con su conciencia». Con estos ingredientes, Calvino ha acertado a construir una fábula en la que campea por encima de todo la sátira, el humor, como si el autor se burlase en cierta medida de lo que está escribiendo, y que bajo los ropajes de la imaginación libérrima configura una de las tragedias fundamentales del hombre de nuestros días: la mutilación, la escisión de la personalidad, en suma, la alienación.

Unas palabras finales sobre la traducción de Francesc Miravittles. Imperativos editoriales han impedido que se pudiera ofrecer al lector en esta edición de bolsillo mi traducción de hace ya unos años. Aunque parezca superfluo repetir un trabajo tan creador como puede ser el de una traducción, la que el lector tiene ahora en sus manos es una buena muestra de cómo las lecturas de un texto son, no ya dobles o triples, sino infinitas, y enriquecedoras en su multiplicidad. Lo sustancial, que en una traducción es siempre el tono del original, está perfectamente reflejado aquí. Y aunque podría disentir en lo accesorio —mi fruto personal de una lectura también personal—, centrando mis reparos en un problema de léxico, que yo intenté que siguiera siendo abstruso cuando en Calvino también lo era, mientras que Francesc Miravittles ha partido de otro criterio —facilitar al lector la comprensión del texto castellano, incluso en los casos en que para un lector italiano era tarea difícil desentrañar el significado de ciertos vocablos del original—, eso indica que la presente traducción ha llevado a cabo una meritoria tarea de acercamiento a nuestros lectores de *El vizconde demediado*, novela que encuadro sin vacilar entre las más interesantes de la narrativa italiana de nuestro siglo.

Adelante, pues. Adéntrese ya el lector por los campos de batalla de una guerra austroturca de finales del siglo XVII, donde los cadáveres de los soldados se confunden con las carroñas de los buitres que los devoran, y de donde saldrá nuestro vizconde demediado para regresar a su tierra natal en busca de una plenitud distinta.

ESTHER BENÍTEZ

Nota preliminar

A continuación se reproducen extractos de una entrevista con los estudiantes de Pésaro del 11 de mayo de 1983 (transcrita y publicada en Il gusto dei contemporanei, cuaderno número 3, Italo Calvino, Pésaro, 1987, pág. 9).

Cuando empecé a escribir *El vizconde demediado* quería ante todo escribir una historia entretenida para entretenerme yo mismo, y, acaso, para entretener a los demás; tenía la imagen de un hombre partido en dos, del hombre demediado, era un tema significativo, con significación contemporánea: todos nos sentimos, de algún modo, incompletos, todos realizamos una parte de nosotros mismos y no la otra. Para lograrlo procuré crear una historia congruente, una historia con simetría, con ritmo de cuento y de aventura a la vez, pero también como de ballet. Para diferenciar las dos mitades, me pareció que con una mala y otra buena conseguía el mayor contraste. Se trataba de una elaboración narrativa basada en los contrastes. Por lo tanto, la historia se basa en una serie de efectos sorpresa: en el hecho de que, en lugar del vizconde entero, regrese al pueblo un vizconde demediado muy cruel, vislumbré el mayor efecto sorpresa posible; y en el de que luego, en un momento dado, se descubra un vizconde absolutamente bueno en lugar del malo, otro efecto sorpresa. Que esas dos mitades fuesen igualmente insoportables, la buena y la mala, era un efecto cómico y a la vez significativo, porque a veces los buenos, las personas demasiado programáticamente buenas y llenas de buenas intenciones, son terribles

chinchas. En algo así, lo importante es lograr una historia que funcione precisamente como técnica narrativa, que se apodere del lector. Por lo demás, siempre presto mucha atención a los significados: procuro que al final la historia no se interprete al revés de como la concebí; por tanto, también los significados son muy importantes, aunque en un cuento como éste el aspecto de funcionalidad narrativa y, por qué no decirlo, de diversión tiene gran importancia. Yo creo que divertir es una función social, encaja en mi moral; siempre pienso en el lector que tiene que aguantar todas esas páginas, es necesario que se divierta, que tenga también una gratificación; ésa es mi moral: uno compra el libro, le cuesta dinero, invierte su tiempo, se tiene que divertir. No soy el único que piensa así; también un escritor muy preocupado por los contenidos como Bertolt Brecht, por ejemplo, decía que la primera función social de una obra de teatro era la diversión. Yo creo que la diversión es una cosa seria.

A continuación se reproduce parte de una carta de fecha 7 de agosto de 1952 que Calvino escribió a Carlo Salinari en respuesta a una reseña publicada por éste en L'Unità el 6 de agosto de 1952.

A mí me importaba el problema del hombre contemporáneo (del intelectual, para ser más exacto) demediado, es decir, incompleto, «alienado». Si opté por demediar a mi personaje siguiendo la línea de fractura «bien-mal», fue porque eso me permitía plasmar mejor las imágenes contrapuestas, y se enlazaba con una tradición literaria ya clásica (por ejemplo, Stevenson), de modo que podía jugar con ella sin temor. En cambio, mis guiños moralizantes, por llamarlos así, apuntaban menos al vizconde que a los personajes marginales, que son los que mejor ejemplifican mi enfoque: los leprosos (esto es, los artistas decadentes), el

doctor y el carpintero (la ciencia y la técnica desvinculadas de la humanidad), los hugonotes, contemplados un poco con simpatía y un poco con ironía (que son, en cierta medida, una alegoría autobiográfica-familiar, una especie de epopeya genealógica imaginaria de mi familia), y también una imagen de toda la línea del moralismo idealista de la burguesía. (Carta a C. Salinari del 7 de agosto de 1952, publicada en I. Calvino, *I libri degli altri, Lettere 1947-1981*).

I

Había una guerra contra los turcos. El vizconde Medardo de Terralba, mi tío, cabalgaba por la llanura de Bohemia hacia el campamento de los cristianos. Le seguía un escudero de nombre Curzio. Las cigüeñas volaban bajas, en blancas bandadas, atravesando el aire opaco e inmóvil.

—¿Por qué tantas cigüeñas? —preguntó Medardo a Curzio—, ¿adónde vuelan?

Mi tío era un recién llegado, habiéndose enrolado hacía muy poco, para complacer a ciertos duques vecinos nuestros comprometidos en aquella guerra. Se había provisto de un caballo y de un escudero en el último castillo en poder de los cristianos, e iba a presentarse al cuartel imperial.

—Vuelan a los campos de batalla —dijo el escudero, lúgubre—. Nos acompañarán durante todo el camino.

El vizconde Medardo había aprendido que en aquel país el vuelo de las cigüeñas es señal de buena suerte; y quería mostrarse contento de verlas. Pero se sentía, a pesar suyo, inquieto.

—¿Qué es lo que puede llamar a las zancudas a los campos de batalla, Curzio? —preguntó.

—Ahora también ellas comen carne humana —contestó el escudero—, desde que la carestía ha marchitado los campos y la sequía ha resecado los ríos. Donde hay cadáveres, las cigüeñas y los flamencos y las grullas han sustituido a los cuervos y los buitres.

Mi tío estaba entonces en su primera juventud: la edad en que los sentimientos se abalanzan todos confusamente, no separados todavía en mal y en bien; la edad en que ca-

da nueva experiencia, aun macabra e inhumana, siempre es temerosa y ardiente de amor por la vida.

—¿Y los cuervos? ¿Y los buitres? —preguntó—. ¿Y las otras aves rapaces? ¿Adónde han ido? —Estaba pálido, pero sus ojos centelleaban.

El escudero era un soldado huraño, bigotudo, que no levantaba nunca la mirada. «A fuerza de comer apestados, la peste también les ha alcanzado», e indicó con la lanza unas matas negras, que a una mirada más atenta se revelaban no de ramas, sino de plumas y de descarnadas patas de rapaces.

—No se sabe a ciencia cierta quién debe haber muerto primero, si el pájaro o el hombre, y quién debe haberse lanzado sobre el otro para quitarle el pellejo —dijo Curzio.

Para huir de la peste que exterminaba a la población, familias enteras se habían puesto en camino por los campos, y la agonía les había cogido allí mismo. Esparcidos por la yerma llanura, se veían montones de despojos de hombres y mujeres, desnudos, desfigurados por los bubones y, cosa que en principio parecía inexplicable, emplumados: como si de sus macilentos brazos y costillas hubieran crecido negras plumas y alas. Era carroña de buitre mezclada con sus restos.

Ya iban apareciendo en el suelo señales de batallas pasadas. La marcha se había hecho más lenta porque los dos caballos se paraban a menudo, o bien se encabritaban.

—¿Qué les ocurre a nuestros caballos? —preguntó Medardo al escudero.

—Señor —contestó—, no hay nada que disguste tanto a los caballos como el olor de sus propias entrañas.

Aquella parte de la llanura que atravesaban aparecía en efecto recubierta de carroña equina; unos restos estaban supinos, con los cascos vueltos al cielo, otros en cambio, con el hocico enterrado en el suelo.

—¿Por qué tantos caballos caídos en este lugar, Curzio? —preguntó Medardo.

—Cuando el caballo cree que va a despanzurrarse —explicó Curzio—, trata de retener sus vísceras. Algunos ponen la panza en el suelo, otros se dan la vuelta para que no les cuelguen. Pero la muerte no tarda en llegarles igualmente.

—¿Así que en esta guerra son sobre todo los caballos los que mueren?

—Las cimitarras turcas parecen hechas expresamente para hendir de un solo golpe sus vientres. Más adelante verá los cuerpos de los hombres. Primero les toca a los caballos y después a los jinetes. Pero he allí el campamento.

En el límite del horizonte se alzaban los pináculos de las tiendas más altas, y los estandartes del ejército imperial, y el humo.

Siguieron galopando y vieron que los caídos de la última batalla habían sido casi todos apartados y sepultados. Sólo podía descubrirse algún miembro desparramado, especialmente dedos, entre los rastrojos.

—De vez en cuando hay un dedo que nos indica el camino —dijo mi tío Medardo—. ¿Qué significa?

—Dios les perdone: los vivos mutilan los dedos a los muertos para sacarles los anillos.

—¿Quién vive? —dijo un centinela con un capote recubierto de moho y musgo como la corteza de un árbol expuesto a la tramontana.

—¡Viva la sagrada corona imperial! —gritó Curzio.

—¡Y muera el sultán! —replicó el centinela—. Pero os ruego que cuando lleguéis al mando les digáis que se decidan a mandarme el relevo, ¡que estoy echando raíces!

Los caballos ahora corrían para huir de la nube de moscas que envolvía el campo, zumbando sobre las montañas de excrementos.

—El estiércol de ayer de muchos valientes —observó Curzio— todavía está en la tierra, y ellos ya están en el cielo —y se santiguó.

A la entrada del campamento, flanquearon una hilera de baldaquines, bajo los cuales mujeres gruesas con tirabuzo-

nes, con largos vestidos de brocado y los senos desnudos, los acogieron con gritos y risotadas.

—Son los pabellones de las cortesanas —dijo Curzio—. Ningún otro ejército las tiene tan bellas.

Mi tío cabalgaba con el rostro hacia atrás, para mirarlas.

—Tenga cuidado, señor —agregó el escudero—, son tan sucias y están tan apestadas que no las querrían ni los turcos como presa de un saqueo. No están solamente cargadas de ladillas, chinches y garrapatas, sino que ya anidan en ellas los escorpiones y los lagartos.

Pasaron ante las baterías de campaña. Por la noche, los artilleros cocinaban su rancho de agua y nabos en el bronce de las espingardas y de los cañones, encandecido por los muchos disparos del día.

Llegaban carros llenos de tierra y los artilleros la pasaban por un tamiz.

—Ya escasea la pólvora —explicó Curzio—, pero la tierra en donde se han desenvuelto las batallas está tan impregnada que, si se quiere, puede recuperarse alguna carga.

Luego venían las cuadras de la caballería, donde, entre las moscas, los veterinarios remendaban sin descanso la piel de los cuadrúpedos con cosidos, cinchas y emplastos de alquitrán hirviendo, relinchando y dando coces todos, hasta los doctores.

El campamento de la infantería venía a continuación por un buen trecho. Era el ocaso, y los soldados estaban sentados delante de cada tienda con los pies descalzos sumergidos en tinajas de agua templada. Acostumbrados como estaban a imprevistas alarmas de día y de noche, también cuando se lavaban los pies mantenían el yelmo en la cabeza y la pica pronta. En tiendas más altas y aderezadas como pabellones, los oficiales se empolvaban los sobacos y se daban aire con abanicos de encaje.

—No lo hacen por afeminamiento —dijo Curzio—, más bien quieren demostrar que se encuentran completamente